

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

NICOLÁS M. BUIL, S. I. *La Gracia Divina*, Editora Cultural. Buenos Aires, 1944. 180 páginas.

El presente libro pertenece a la Sección Teología Dogmática de la Colección de Espiritualidad Cristiana, que con tanto acierto dirige el Decano de la Facultad de Filosofía de San Miguel, R. P. Ismael Quiles, S. I.

«La Divina Gracia» es el primer tratado de la obra «El Dogma Católico», cuyo plan abarca un número considerable de tratados sobre los temas más importantes de la Teología así Fundamental como Dogmática.

La obra está destinada, como leemos en la «Advertencia al Lector», «para uso principalmente de los seglares, que desean conocer más a fondo no sólo la verdad y alcance de la fe católica que profesan, sino también su *por qué* y sus fundamentos, así apoloéticos como dogmáticos».

No fué ciertamente la mente del escritor, llamado a la eterna recompensa pocos días después de aparecido este libro, hacer obra original o para especialistas; sino, introducir a los seglares cultos en el reino misterioso y real de la gracia y enseñarles algunos de sus secretos que más interesan.

Así, por ejemplo, al hablar de que se puede recibir «válidamente un Sacramento, y no su fruto de santificación»; dice: «Declaremos esto, que a muchos seglares parecerá nuevo e inaudito, con algún ejemplo o caso práctico» (P. 167).

En la cuestión 4.^a sobre la gracia habitual, escribe: «De esta gracia o santificante, vamos a tratar en la cuestión presente, no en toda su extensión, sino bajo los aspectos *más principales*, que a todos interesan, y que conocen poco los que no han estudiado Teología». (P. 109).

Y en el último párrafo de su tratado dedicado a las Indulgencias, dice: «vamos a terminar este trabajo con una breve explicación de ellas (las indulgencias), bien necesaria para los seglares, muchos de los cuales las entienden tanto mal o viciosamente». (P. 174).

El presente tratado expone y discute cinco cuestiones:

- 1.^a La gracia actual: su naturaleza y necesidad;
- 2.^a La gracia suficiente y eficaz y su distribución;
- 3.^a Las gracias de perseverancia;
- 4.^a La gracia habitual o santificante. El Mérito;
- 5.^a Medios principales de conseguir la gracia, de conservarla y aumentarla.

Cada cuestión está dividida en párrafos con sus respectivos títulos.

El autor se mueve en un campo que conoce y que domina bien; pues fué profesor de Teología durante muchos años y su pluma fecunda abordó repetidas veces temas teológicos. Es, pues, un guía seguro y experto.

El P. Buil no sólo expone; sino que discute también sus cuestiones.

Sus argumentos, como es obvio, los toma principalmente de la Sagrada Escritura, de la Tradición y de los documentos oficiales del Magisterio de la Iglesia.

Reproduce varios textos escogidos de los Santos Padres, ocupando el primer lugar el «Doctor máximo de la gracia, San Agustín». (P. 27).

Dedica especial atención a las principales dificultades que solventa en forma escolástica, añadiendo después las aclaraciones necesarias en estilo fácil y asequible.

Aunque el autor hasta cierto punto deja de lado las cuestiones discutidas entre católicos y se ocupa principalmente de la doctrina dogmática y común de la Iglesia; no omite, sin embargo, de tocar a veces temas libres en las escuelas católicas.

Así, por ejemplo, dedica el párrafo VI de la Cuestión primera al «Análisis más profundo de la gracia actual. (Cuestiones escolásticas)». (P. 30).

Y en la Cuestión segunda consagra el largo párrafo X para dar «Idea de una importante y difícilísima cuestión escolástica». La cual no es otra que la conexión de la gracia eficaz con el acto, «o sea, de dónde proviene su eficacia, y cómo la conoce Dios infaliblemente, ya en el acto primero». (P. 74). Aunque el autor muestra sus preferencias por el Molinismo; con todo, admite que «todos los sistemas tienen graves dificultades en contra, y puntos oscuros y débiles...». (P. 76).

El P. Buil pone muy de relieve el gran don de la perseverancia final. Una Cuestión íntegra, la tercera, trata de «Las gracias de perseverancia».

«Entre todas las cuestiones sobre la gracia, dice, esta es la de mayor interés para todos; ya que sólo nos salvaremos de hecho con la perseverancia perfecta y pasiva...». (P. 93s.).

El inculcar la importancia única del don de la perseverancia y los medios de conseguirla, parece ser el fin, o mejor quizá, la obsesión de todo el libro, que termina con estas palabras que sintetizan toda la obra:

«Apresurémonos, pues, todos a santificarnos más y más por medio de los SS. Sacramentos, y a redimir con indulgencias el reato de pena temporal debido a Dios por nuestros pecados ya perdonados, y a impenetrar de Dios, por medio de la oración piadosa y frecuente, las gracias necesarias para nuestra salvación, máxime el *gran don de la perseverancia final*, que nos es absolutamente necesario, y que Dios, por su infinita misericordia, quiera concedernos a todos. Amén». (P. 177s.).

Dado, por decirlo así, el fin utilitario de la obra, el autor no descende siempre a precisar matices, que sólo sirve en muchos casos a producir confusión en los profanos.

Quizá a esto se deba el encontrar en el libro algunas cosas, bien pocas por cierto, que parecen menos exactas.

Así, por ejemplo, dice que el justo puede merecer la primera gloria. (P. 15). Idea que repite al tratar expresamente del mérito donde enumera los objetos del mérito: «*aumento de gracia y de gloria, y la primera gloria también*, según enseña el Tridentino» (P. 138).

No pocos teólogos niegan que *la primera gloria* sea objeto del mérito en sentido estricto y otros muchos tienen la sentencia afirmativa sólo como probable. Beraza dice que «no excede los límites de la probabilidad». (De Grat. n. 1028). El Tridentino, según graves y eruditos teólogos, no toca este punto.

Del clásico texto del capítulo 7 (no 5 como por error se deslizó en el libro) de la carta a los Romanos: «Me complazco en la Ley del Señor según el hombre interior; pero hallo en mis miembros otra ley...»; deduce el autor:

«De este magnífico pasaje de psicología moral se desprende que el hombre, en el estado actual de *naturaleza caída*, aún después de justificado por la infusión de la gracia santificante en el alma, se ve *moralmente imposibilitado* de evitar por largo tiempo las caídas graves, sin los socorros poderosos de la gracia actual; pues la habitual sola no basta» (P. 83).

La doctrina es verdadera; pero, según numerosos y autorizados teólogos, no se desprende de este texto paulino. Supone el autor que San Pablo habla del hombre justificado como lo afirmó San Agustín en sus últimos años contra los Pelagianos que abusaban erróneamente del texto. Siguen esta opinión del Doctor de la gracia San Gregorio Magno, Santo Tomás, que expone también la opinión contraria, y otros. Pero San Agustín antes había entendido el texto del hombre aún no regenerado. Este fué el sentir unánime de los Padres antes de San Agustín y es la opinión más común entre los modernos exegetas. En este caso, el texto paulino no prueba, por lo menos inmediatamente, la impotencia moral del hombre *justo* para evitar el pecado grave.

La Cuestión quinta, cuyo título es: «Medios principales de conseguir la gracia, de conservarla y aumentarla», es un pequeño tratado sobre los Sacramentos; ya que, como bien lo indica el autor, «los medios, *por automasia* seguros y eficaces, para conseguir la gracia santificante y aumentarla, son los Sacramentos de la Ley nueva o de gracia». (P. 144).

En esta Cuestión leemos:

«Si no se puede arrojar el agua sobre la frente o cabeza, es válido el bautismo como el agua alcance a cualquier parte del cuerpo (pie, mano, pecho, etc.) y corra sobre él, o haya verdadera ablución». (P. 170). Nos sorprende tal afirmación, pues los moralistas tienen por dudoso este bautismo; y por lo tanto, si se puede después, hay que conferir de nuevo el sacramento regenerador sub conditione, como lo dice expresamente el canon 746 del Código del Derecho Canónico tratando del niño que no ha salido del todo del seno de la madre.

Estas son, a nuestro juicio, las principales fallas que hemos notado en el libro. El prudente lector verá que no desvirtúan el valor intrínseco de la obra que enseña mucho y mueve al bien; pues su autor no sólo fué un teólogo, sino también un alma profundamente piadosa y enamorada de la Verdad y Belleza infinitas de Dios, del cual, creemos, estará ahora gozando.

El estilo, a pesar de algunos tecnicismos de escuela, es flúido, claro y bañado de comunicativa y benéfica emoción.

La presentación tipográfica de la obra, como todas las de la Colección de Espiritualidad Cristiana es buena. Lástima que se hayan deslizado algunas erratas en los números de las citas.

J. SILY, S. I.

AVELINO IGN. GÓMEZ FERREYRA, S. J., *Patrología Cristiana*. Colección Espiritualidad Cristiana. 278 págs. en 16. Editora Cultural, Bs. As. 1944.

Viene a satisfacer una verdadera necesidad esta obra del P. Avelino Ing. Gómez Ferreyra, Profesor de Historia Eclesiástica y Patrología de la Facultad de Teología de S. Miguel.

Si los acontecimientos actuales de Europa han creado una gran escasez de libros de texto para la enseñanza de las disciplinas eclesiásticas, esta escasez ha existido siempre en lo que se refiere a manuales de Patrología. No conozco ningún compendio bueno en castellano y los textos ingleses, franceses y alemanes son casi todos muy extensos como los de Otten, Tixeront, y Bardenhewer.

Es difícil escribir un compendio de Patrología; la necesidad de mencionar a tantos grandes campeones de la teología cristiana, enumerar sus obras y resumir sus principales doctrinas en palabras breves y precisas, presenta el peligro de convertir el libro en una indigesta enumeración de nombres, fechas títulos y palabras técnicas cuya comprensión requiere un buen diccionario o un curso completo de teología.

La presente obra del P. Gómez Ferreyra ha salvado la dificultad sin sacrificar nada de la exactitud y abundante información requeridas en un trabajo de su índole.

La Introducción es modelo en su género por la clara brevedad con que orienta al lector sobre el objeto y método de la Patrología, sus relaciones con la Teología Dogmática y la Historia Eclesiástica, la autoridad de los Padres dentro de la Iglesia católica y las iglesias orientales, el valor que les conceden los protestantes y racionalistas, los idiomas empleados por los Padres, la historia de la Patrología y las principales obras que sobre esta materia hay.

Siguen luego veintidós capítulos en que se estudian los Padres Apostólicos, los Apologetas del s. III, los Apologetas Latinos y el comienzo de la Literatura Cristiana occidental, los Apócrifos, las herejías del s. II y sus principales impugnadores, la Literatura Cristiana en el s. III y las primeras Escuelas Catequéticas, los maestros Alejandrinos posteriores a Orígenes hasta el s. IV, los amigos y adversarios de Orígenes fuera de Alejandría en el s. III, los comienzos de la Escuela de Antioquía, los historiógrafos, Eusebio de Cesarea, el apogeo de la Literatura Patrística (325-461), los principales Padres Nicenos, S. Atanasio, S. Efrén, S. Cirilo y S. Epifanio, los Padres Capadociannos, S. Juan Crisóstomo, S. Cirilo Alejandrino, el Nestorianismo, los grandes teólogos y escritores de la Iglesia de Occidente, del s. IV, el Monofisismo, Leoncio de Bizancio, el Monoteletismo, S. Máximo confesor, el origen del Iconoclasmo, S. Juan Damasceno, los Santos Hermanos Leandro e Isidoro de Sevilla.

Los Padres están presentados con nitidez: un breve resumen de su vida, enumeración y valor de sus obras, solución de los problemas que a veces presentan.

Las circunstancias históricas y las herejías, cuyo conocimiento es imprescindible para entender el medio material y doctrinal en que se movían los Padres, están presentados lúcida y sintéticamente.

Añádese a lo dicho una feliz división en capítulos y párrafos con sus subdivisiones, los títulos de las obras en latín o en griego, la inclusión de

textos importantes en latín con su traducción en nota, la explicación breve de las palabras técnicas —todo esto en una excelente presentación tipográfica— y tenemos un libro utilísimo para el seminarista y sacerdote, y atrayente y aún necesario para todo el que quiera tener una idea de la riquísima teología y filosofía patristica de los primeros siglos del cristianismo.

J. R. CALDEN.

ISMAEL QUILES, S. J., *Filosofía del Cristianismo*. Colección Espiritualidad Cristiana, 176 págs. Editora Cultural, Buenos Aires, 1944.

El título mismo de esta obra indica el estudio de un problema interesante: las relaciones entre el Cristianismo y la filosofía.

Este problema puede enfocarse desde dos posiciones distintas: o bien se examina al Cristianismo desde el punto de vista de la filosofía, o bien se examina la filosofía desde el punto de vista del Cristianismo. El P. Ismael Quiles eligió la primera posición al proponerse investigar «la base y la estructura filosófica del Cristianismo, por la cual éste pueda aparecer plenamente justificado ante la filosofía o la razón». (pág. 7).

El estudio de este problema es orientador e interesante. En la primera parte de la obra, el P. Quiles pasa revista a las principales posiciones adoptadas por los filósofos y teólogos frente al problema. Hubo cristianos primitivos que vieron una incompatibilidad esencial entre la filosofía y el Cristianismo. En esto, aunque por razones muy diversas, concordaron con ellos el averroísmo medievo y el racionalismo de todos los tiempos. En cambio los Padres más autorizados de la primitiva Iglesia consideraron esencialmente coherentes el Cristianismo y la filosofía; y esta concepción, apoyada por el genio de San Agustín, predominó a través de la Edad Media, en que los escolásticos, concordes en el fondo de la cuestión, diferían en la explicación más adecuada del problema. Siguen las controversias modernas: el acuerdo esencial entre los católicos y las posiciones diversas adoptadas por Mandonnet, Blondel, Maritain y Gilson.

En la segunda parte, el P. Quiles practica lo que llama un «sondeo directo del problema», es decir, estudia desde un punto de vista puramente filosófico la estructura racional de la fe, prescindiendo de los concomitantes históricos que acompañaron el hecho la revelación. Fruto de esta investigación racional es la conclusión de que filosofía y revelación están esencialmente vinculados entre sí, y de que el conocimiento racional y el de la fe son diferentes en cuanto a sus principios y objetos formales, distinción postulada precisamente por la misma necesidad mutua de ambas especies. Esta solución es corroborada luego por la doctrina de la Iglesia Católica que respeta la inteligencia humana y sus derechos de investigar los motivos de la credibilidad, armonizando el mismo tiempo los dos órdenes de la razón y de la fe.

La tercera parte de la obra critica las posiciones que sostienen la incompatibilidad esencial entre el Cristianismo y la filosofía, y valora las posiciones que sostienen la coherencia esencial.

Un complemento comprende el estudio de varios problemas sobre la filosofía de la religión en general y del Cristianismo en particular, suscitados por la obra de Max Scheler, «Vom Ewigen im Menschen».

Basta esta reseña breve e incompleta para dar una idea del interés, la oportunidad y la importancia de los problemas discutidos y resueltos en este libro por el P. Ismael Quiles.

Es esta una obra orientadora que satisface por la claridad de su síntesis y la solidez de su argumentación. No dudamos de su éxito no sólo entre los intelectuales dedicados a esta clase de estudios, sino también entre tantos hombres hambrientos de verdad.

M. M. BERGADÁ.

TIHÁMER TÓTH, *Venga a nos el tu Reino*. 304 págs. en 8vo. Difusión, Bs. As. 1944.

Dos peticiones de la oración dominical constituyen las materias de este volumen, que puede figurar junto a los mejores del fecundo escritor y gran apóstol húngaro.

«Venga a nos el tu reino»... Monseñor Tóth estudia la índole y naturaleza de este reino que aunque no es de este mundo está en este mundo; de ese reino divino por su institución y finalidad, pero humano por la materia de que esta hecho; celestial en su razón de existir, pero terreno porque es nuestra tierra donde se desenvuelve y donde lucha.

En consecuencia: a) la Iglesia de aquí abajo no está exenta de miserias humanas, ni libre de esas máculas y arrugas que no afean a la Iglesia de allá arriba; b) la sociedad perfecta fundada por Cristo está como injertada en la sociedad perfecta establecida por la naturaleza, Iglesia y sociedad civil deben convivir armónicamente, patriotismo y cristianismo no se excluyen. Prosigue el autor exponiendo nuestros deberes para con el reino de Dios en la tierra, nuestra obligación de cooperar para que crezca en nosotros y en los demás en intensidad y en extensión, por todos los medios de apostolado, para que se dilaten sus fronteras, prosperen las misiones, etc.

«Hágase tu voluntad». He aquí la fórmula divina en que se encierra todo el programa de la vida cristiana, toda la economía de nuestra santificación bajo su doble aspecto activo y pasivo, poniendo por obra la divina voluntad y llevando la cruz de cada día. Toca aquí de nuevo Monseñor Tóth el problema del dolor, ya encarado por él en otro de sus libros, con lucidez y profundidad.

Tal el contenido de la obra. Sus virtudes son las mismas que recomiendan en general la labor literaria del ilustre publicista húngaro: hondo conocimiento del mundo moderno y sus problemas, claridad y solidez doctrinarias, agilidad de estilo, profusión y oportunidad de la anécdota.

ANDRÉS CAMPO.